

Jorge Urrutia Gómez (2023): *De la naturaleza de las cosas (más o menos una antología)*, Fundación Jorge Guillén, Valladolid, 160 pp.

Un nuevo libro de Jorge Urrutia ha llegado a nuestras manos. Jorge Urrutia es un poeta y profesor de literatura que nace en Madrid en el año 1949. Es sobrino del poeta José Luis Gallego y del novelista y periodista Francisco Umbral. Gracias a su padre conoció personalmente a autores como Vicente Aleixandre, Gabriel Celaya, Blas de Otero y Antonio Buero Vallejo. En el año 1968 se licenció en Filología Románica, donde tuvo como profesores a Dámaso Alonso y Rafael Lapesa. Con premio extraordinario se doctoró en 1972. Desde la perspectiva laboral, enseñó Literatura Catalana en la Universidad Complutense de Madrid, de donde fue expulsado por permitir actividades clandestinas organizadas por estudiantes en sus aulas. Se trasladó a la Universidad Laboral de Cáceres donde ejerció como profesor de Lengua y Literatura. Obtuvo la cátedra de Literatura Española en 1979 en la Universidad de Sevilla, donde fundó la Facultad de Comunicación y el Doctorado en Ciencias del Espectáculo. Finalmente, en 1993, fue nombrado catedrático de Literatura y Comunicación por la Universidad Carlos III de Madrid, de la que hoy es emérito.

Entre los años 2004 y 2009 fue director académico del Instituto Cervantes tras haber dirigido su centro en Lisboa entre el 2000 y el 2002. Obtuvo el premio Fray Luis de León en 1972 y el Nacional de Traducción por su versión de *Poemas* de Paul Éluard. Fue galardonado con el premio Nacional de las Letras Españolas y nombrado Hijo Predilecto de Andalucía.

Su obra hoy día resulta altamente significativa entre los autores que se empezaron a conocer a mediados de los años sesenta, por su simbolismo. La pretensión era aunar, en un momento de escritura neovanguardista, la poética del lenguaje y la poética del compromiso. Ha escrito libros de poesía y prosa presentados como unidades independientes o en formato antológico. Según Estévez y Román en *El mar de la palabra: la poesía de Jorge Urrutia* (2011), la poesía del literato surge

en primer instante a partir de la reflexión metapoética en *Lágrimas saladas* (Lírica Hispana, Caracas, 1966), rescatando una breve crónica personal del autor. En una España todavía consumida por la posguerra, Urrutia escribe *Amor canto el primero* (El Guadalhorce, Málaga, 1967), protagonizado por la intensidad erótica. Su poesía en estos primeros instantes se traduce en confesión personal y sigue este camino *Con la espada de mi boca* (El Bardo, Barcelona, 1967), obra que refleja también la experiencia parisina. *La fuente como un pájaro escondido* (Ateneo, Bilbao, 1968) adquiere un cariz diferente, al encontrarnos ante un distanciamiento del sujeto a través del humorismo irónico. La búsqueda de una nueva expresión poética con señas de identidad generacionales culmina en *El grado fiero de la escritura* (El Toro de Barro, Carboneras de Guadazaón, 1977). Esta obra pretendía escapar del sentimiento e indagar en el experimentalismo, como en el siguiente, *Del estado, evolución y permanencia del ánimo* (Porvivir Independiente, Zaragoza, 1979). En *Delimitaciones* (Visor, Madrid, 1985), recurre de nuevo al discurso amoroso a partir de la reflexión metapoética que resulta en ocasiones «apasionado y desbordante» (p. 33). *Invención del enigma* (Adonais, Madrid, 1991) «marca la inflexión definitiva desde el experimentalismo hacia una poesía de más directo intimismo reflexivo» (p. 34), junto con *Cabeza de lobo para un pasavante* (Palas Atenea, Madrid, 1996), obras en las que un tercer personaje oculta su identidad tras la de un viajero. Su siguiente poemario *Una pronunciación desconocida* (DVDpoesía, Barcelona, 2001) resulta argumentalmente complejo. En él se equipara con una máquina al hombre, hecho pedazos, buscando partes de luz, como la niebla: «El recorrido por esta niebla solo puede realizarse como renovada indagación en el lenguaje» (p. 35). Las últimas dos obras poéticas son *El mar o la impostura* (Visor Libros, Madrid, 2004), y Premio Internacional Jaime Gil de Biedma, donde la vida simboliza un viaje y el viaje es metáfora de la vida; y *Ocupación de la ciudad prohibida* (Calambur, Madrid, 2010), en la que se desenvuelve por un itinerario de siete «tramos» que van profundizando en el simbolismo.

Solo dos títulos conforman las obras en prosa el relato poético *La travesía* (Hiperión, Madrid, 1987); y el relato memorialístico *De una edad tal vez nunca vivida* (Bartleby, Madrid, 2010). Para Estévez y Román (2011), *La travesía* está formada por dos componentes básicos:

[...] alegoría globalizadora del viaje y distancia narrativa, operan eficazmente en el ajuste decisivo de la expresión sentimental como constancia existencial y simultáneamente como solución expresiva a la combinación de alternativas enunciativas que componen el que es, para mí, uno de los libros más destacados de Jorge Urrutia (p. 34).

Por su parte, *De una edad tal vez nunca vivida* presenta cuadros que no se sabe si son reales y que narran la infancia de una familia de vencidos en el ambiente de la posguerra española.

En formato antológico, Urrutia tiene tres títulos: *Construcción de la realidad. Antología 1966-1989* (Alfar, Sevilla, 1989); *Será presente lo que ya es pasado. Antología 1966-2016* (Salto de página, Madrid, 2016); y *Presente continuo. Antología* (Editora Nacional, Santo Domingo, 2018).

A estos se suma ahora *De la naturaleza de las cosas* (2023) publicado por la Fundación Jorge Guillén. Esta (*más o menos*) antología presenta reminiscencias clásicas y materialistas en el título. Está construida a partir de *Presente continuo*, su última recopilación que abrió la colección Puentes de la Editora Nacional de la República.

La abre un prólogo escrito por José Enrique García titulado «Jorge Urrutia o la palabra que crece», al que siguen cinco partes. La primera, «De la naturaleza de las cosas», la conforman doce textos; «El modo de sentir» son catorce fragmentos; veinticinco constituyen la tercera parte, «El lugar de la respuesta»; «... Que siempre va conmigo» posee quince escritos y, los últimos diez, pertenecen a «Las herramientas».

El prólogo define la antología con tan solo la palabra «ternura», capaz de calificar la experiencia que supone la obra: «Ternura en el recuerdo, en los espacios en que se hizo la vida. Ternura en las cosas sencillas y ordinarias, en los habituales actos. Este es el ángulo desde el que Jorge Urrutia poetiza la realidad» (p. 13).

Esta nueva antología se compone a partir de *Presente continuo*, al que se añadieron algunos poemas de libros iniciales y algunos inéditos. El orden en el que se distribuyen los poemas incluidos no sigue el cronológico, ni están agrupados en función de las obras en las que se publicaron inicialmente, sino que todos los poemas del volumen se colocan para conseguir el objetivo de que el conjunto de la obra adquiriera una significación por sí misma. José Enrique García define en el prólogo la antología como:

[...] una muestra antológica que captura la esencia de una obra en cuanto a tono, atmósfera, estructura, motivos, recursos y, sobre todo, palabra. Urrutia asume la palabra como razón vital del acto poético, de su existencia y de la existencia humana. [...] La palabra se refugia en la escritura, en lo gráfico, en los fonemas, que salen de lo más hondo de la conciencia. Esa palabra es la que teje la historia. Solo ella posibilita la existencia del ser y de sus múltiples actos (pp. 8-9).

Se deja ver en el libro *El mar o la impostura* (2004), concretamente en «Porque solo soy verbo», ese motivo indispensable de la vida que es para Urrutia la palabra:

Pero, para convertirse en símbolo, Ana Frank precisó de la escritura. Sin esta no habría existido Ana, y sin Ana carecería de expresión el dolor sufrido y la injusticia ejercida. Luego, terriblemente (y digo bien «terriblemente»), solo la escritura importa. A la postre solo la escritura es (p. 148).

Las reflexiones de conciencia del autor convergen en la palabra, como recoge en un poema extractado del libro *Del estado, evolución y permanencia del ánimo*: «La palabra que surge se construye, elabora con pausa, se mima o acaricia» (p. 140). Urrutia revitaliza las palabras de su infancia y juventud, e incluso las de los viejos poetas, rejuveneciéndolas «con conciencia e imaginación» (p. 10).

Hay referencia constante a Andalucía y sus poetas, como espacio geográfico en el que «crece y fructifica la palabra: “*Esta luz de Sevilla* la bebí de su mano cuando el agua era fría”» (p. 9). Cita un poema de Antonio Machado, a quien admira, como a Lorca, Cernuda, Juan Ramón Jiménez. Esta ternura, nostalgia y apreciación se refleja en *De una vida tal vez nunca vivida*, que recupera memorias de la infancia andaluza.

Urrutia integra «los actos y elementos propios del ordinario vivir: la casa que se habita, los dispersos objetos, el aire, las plantas, [...]. El inventario es amplio: desde tocar, palpar o acariciar, hasta sentarse en un banco a contemplar el viento que mece las ramas de un árbol». El poeta trata de dar valor a lo cotidiano, a aquello que camina a diario junto a cualquier persona, que convive dentro y fuera de uno mismo. Escribe en «La inclemencia del tedio»: «Encontrar el yo, en el mundo, en el medio del caos aparente» (p. 74). *De la naturaleza de las cosas* es quizá el título más adecuado para entender que la escritura parte del «yo» y ese «yo» parte de la naturaleza de las cosas que no son importantes en apariencia. En síntesis, lo cotidiano define la vida y la vida define al individuo. Esto se refleja en «Saber es conocer»:

Porque es tocar origen de los conocimientos.
Tocar las cosas simples, cotidianas:

[...] Es tocar todo el ser, el existir
saberse vivo, respirando y bebiendo,
tocando el vaso,
acariciando el aire.

[...] Porque es tocar origen de los conocimientos
y el recuerdo es memoria de tu piel
tocada un día y convertida en mundo.
Tocada un día
y hecha universo, realidad invisible.
Por el tacto ya suya para siempre
en su mirada (p. 40).

El problema ante el que puede encontrarse el lector al afrontar este nuevo título de Urrutia es la falta de un hilo conductor que no esté únicamente enfocado a la significación. En caso de no conocer la obra completa del autor, al lector le sería complicado entender por qué ha seleccionado precisamente estos poemas de libros

diferentes para componer este conjunto y cuál es el significado no solo de la antología, sino en general de cada una de sus obras. No obstante, esta reunión de poemas configura en sí una nueva obra, absorta de cualquier hilo conductor anterior.

El primer poema que aparece, «(Exhortación de la primera página)» nos indica el punto desde el que el autor pretende escribir su libro: «[...] por ellos permaneces / y alimentas los signos cotidianos. // Habla desde el refugio más oculto, / ilumina el poema» (p. 19). Muchos de los poemas de esta primera parte son introductorios, como se observa en cada uno de los títulos: «Actos previos», «Advenimiento», «Previsión de los orígenes», «Génesis II», «Los primeros segundos del universo», «En la cuna del mundo», «Génesis». Puede entenderse que Urrutia pretende crear algo totalmente nuevo, distinto, a partir de sus cimientos: «Decidido a fundar de nuevo un universo, recién nacido náufrago pone su pie en la tierra» (p. 22). Transcurre por la creación de la vida, de los materiales y las personas: «Luego trajiste el agua. / Reinicióse la vida. // Y así sigue esta historia / del mundo. / Esta maleza» (p. 29); «¿Creó Dios al principio los cielos y la tierra? / [...] ¿Creó Dios el principio?» (p. 31). De nuevo se observa el significado de la escritura para el poeta, pues la palabra es origen de existencia humana:

Si tú fueras la voz, él la escritura,
la mágica ascensión de la palabra.
Tan solo es verbo, piensa, y porque piensa
cada vocablo acaba moldeando su rostro.

No existe otra respuesta que el poema,
modelo y acto de fisonomía.
Es Adán de sí mismo. Dios no existe;
tan solo es la costilla de su libro (p. 33).

«El modo de sentir» es un recorrido por los cinco sentidos: «Toca, luego existe», «Saber es conocer», «Fuego y ceniza», «El conquistador». Leemos «Pone la mano en ella y no se quema» (p. 44) o «He tocado tu cuerpo y se escapaba. / He tocado tu cuerpo y se escurría / despacio entre sus dedos, inflexible». Pero no solo encontramos el sentido del tacto, que es sin duda al que más recurre, sino que la vista y el olfato están también presentes. En «El poeta se detiene un momento a contemplar el día»: «La luz. Abre los ojos. Su presencia / ceñida siente. El párpado mullido. / El olor a descanso. Se levanta. / Da unos pasos. Descorre la cortina. / Los cristales y el sol. Ya se contempla / en los árboles rojos del otoño». «El poeta» empieza «Siente un viejo perfume conocido».

La tercera parte de la antología, «El lugar de la respuesta», está repleta de textos que carecen de signos de puntuación y que suponen una complejidad mayor lectora y comprensiva, como «Pre texto», que empieza aludiendo a los estudiantes muertos en las huelgas universitarias de París en el 1229: «mayo sesenta y ocho

llegué tarde la mañana de junio ya casi empedrada despedrada transportadas las piedras en camiones alejándose y ahora decís que es historia pasada capítulo de un libro experiencia vivida superada olvidada enterrada romántica actuación [...]» (p. 65). Una nueva imagen aparece en contraposición a todo lo anterior, la muerte, que aparece ya de forma explícita: «La muerte es solo piedra para los nuevos hombres» (p. 67).

«... Que siempre va conmigo» conforma un tramo de la obra mucho más ficticio e íntimo. Íntimo en cuanto a la alusión continua a las figuras masculinas del padre y el abuelo, como en «Aplicación personal y otras glosas de un poema de don Antonio Machado» cuando escribe «Mi padre, aún joven. Lee, escribe, hojea sus libros y medita» (p. 107). Encontramos preguntas existenciales delirantes como en «La niña pensativa», donde se lee: «Se preguntó el poeta por qué envejece más / si el tiempo o la distancia. / Pero solo envejece la fatiga» (p. 114). Textos más ficticios aluden a poetas como Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, al gánster Al Capone, al mercenario Giovanni Acuto, e incluso al héroe legendario de la mitología griega Ulises.

El poema, la palabra, son los protagonistas de «Las herramientas». Se observa una necesidad de escritura, aunque también un deseo de «arrancarles sus partes» (p. 140) a las palabras. El poeta se pregunta: «¿qué palabra entregarte que entregada no fuera o entregarla no fuera menosprecio evidente? // si pudiera olvidar las palabras mudarme ser descriptor negarme / y condenadamente me hago en cada verso a ti deconstruido» (p. 141). En «Conciencia de la realidad» el autor se detiene en la escritura:

Cerró el cuaderno sobre lo ya escrito.
Luego lo desgarró, quemó los trozos.
Pervivió del poema tan solo la ceniza
con que escribí poemas la otra tarde.

Vuelve la piedra a ser de nuevo piedra
y el agua a desprenderse de las formas
para ser solo agua removida.

Que la palabra ciega. El tiempo avienta (p. 145).

El libro termina justo como parece que ha de terminar, con el poema «Fin», cuyos versos dicen: «El signo solo es él / y por los libros / no hay esta noche más que letra muerta, / significantes hueros, un silencio / que es el eco de él mismo / verso deslavazado nunca escrito» (p. 149).

En conclusión, Urrutia traza en esta antología una historia que tiene un principio y un fin. Desde el origen, el poeta esboza un lienzo donde busca plasmar el significado de la vida y, como fruto, la palabra. Tanto la existencia como la

escritura tienen, entonces, su creación y su destrucción. Con esta última entrega, Urrutia transcribe el génesis del ser que acabará convirtiéndose en piedra.

Sandra Janicijevic Guardado